Los 7 Borgia

Una historia de ambición, refinamiento y perversidad

Los 7 Borgia

Una historia de ambición, refinamiento y perversidad

ANA MARTOS



www.nowtilus.com
www.historiaincognita.com

Serie: Nowtilus Saber
Colección: Historia Incógnita
www.nowtilus.com
www.historiaincognita.com

Título de la obra: Los 7 Borgia
Autor: © Ana Martos Rubio

Editor: Santos Rodríguez
Responsable editorial: Teresa Escarpenter
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño y realización de interiores: David Borreguero
Producción: Grupo ROS (www.rosmultimedia.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Editado por Ediciones Nowtilus, S.L.
www.nowtilus.com
Copyright de la presente edición:
© 2006 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027-Madrid

ISBN13: 978-84-9763-626-1

Índice

Capítulo I - El año del Cisma 9

Las habilidades de un negociador 14
Un premio para el éxito 16
De Borja a Borgia 18
De obispo a cardenal papable 19
La profecía 21
El pariente pobre 24
Los catalanes en Roma 29
El primer papa Borgia 34
La política del papa Borgia 37
Calixto III, vencedor del turco 39
Finale 48

Capítulo II - ¡Despierta, Humanidad! 53

En busca de la verdad 57
Un canto a la vida 59
Una historia típica medieval en pleno Renacimiento italiano 64
Italia, la adelantada del Renacimiento 73
Los Estados Pontificios 79
Roma eterna 81
El hombre nuevo 82

Capítulo III - La corte femenina 89

Los predecesores 96
El año de los acontecimientos 98
La vida mundana de Rodrigo Borgia 102
La compañera sentimental del cardenal papable 105
La Farnesina 109
El misterioso Infante Romano 113

Lucrecia, la hija mimada 115
Un polvorín llamado Sancha 119
Las tres Gracias en el Vaticano 124

Capítulo IV - El testamento de Adán 131

El poder de la maledicencia 133
Una solución muy socorrida 136
De cómo lo falso se convirtió en verdadero 139
¡Ea, judíos, a enfardelar! 143
En busca de Preste Juan 146
El mayor reparto del mundo desde Alejandro Magno 151

Capítulo V - Las invasiones bárbaras 163

Un enemigo implacable 166
Un rey muy feo 171
Las campañas de la fornicación 174
La fiesta se convierte en pesadilla 181
También el sueño se convierte en pesadilla 185
Cambio de bando 189
Los apuros de Ludovico el Moro 194
Las desventuras de don Fadrique 197
El reparto del botín 201
Dos tratados excluyentes 203

Capítulo VI - Alianzas y traiciones 211

Una vida corta e inútil 216
Especulaciones en torno a la muerte de Juan Borgia 225
De cardenal a general 228
Una tarea histórica 233
Mal enemigo 236
La conquista de la Romaña 239
El efecto Frankenstein 245
La conjura de la Magione 255
La conjura de Sinigaglia 263

Una estrella que se apaga 269
Un castillo que se desmorona 272
Dos veces traidor 275

Capítulo VII - Donna Lucrecia, duquesa de Ferrara 283

Carne de folletín 286
Su retrato 289
Prenda de paz 293
Un estado fuerte y una familia linajuda 303
Una boda controvertida 308
Una gran dama 210

Capítulo VIII - Los venenos de los Borgia 317

La función del veneno en la Historia 320
La cantárida, un arma letal 322
Las plagas renacentistas 325
La tercera plaga 330
La *lettera* 337
El baile de las castañas 344
El rapto de Dorotea 345
El Burcardo 347
Savonarola 351
Las leyendas negras 353

Capítulo IX - La leyenda dorada 357

Nieto de príncipes 359
Al servicio del rey 361
Consuelo para una princesa desdichada 365
¿Amor o leyenda? 367
Más alto, más alto 373
El último consuelo 377
Los jesuitas 387
Un Borgia santo 390

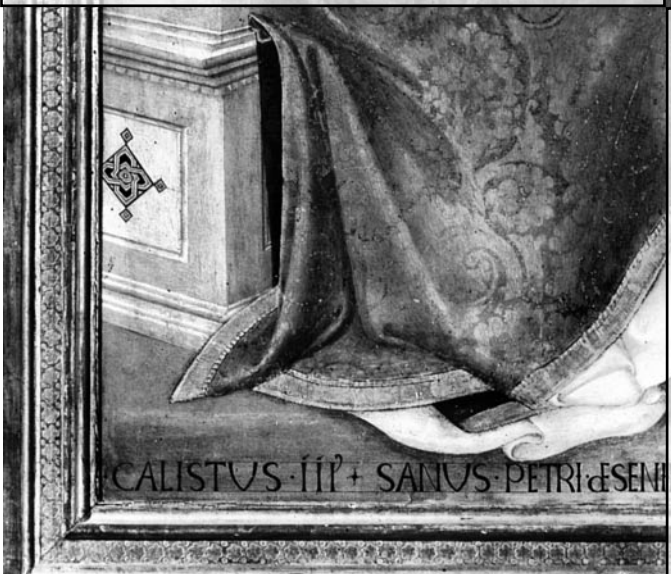
Bibliografía 395



Capítulo 1

El año del cisma







Entre los numerosos ejemplos de testarudez que el reino de Aragón ha ofrecido a la historia, uno de los más destacados es, sin duda, el del papa Luna, cuya singular terquedad prolongó durante una década un cisma que ya desgarraba a la cristiandad desde cuarenta años atrás.

Todo empezó cuando los papas, en lugar de permanecer en Roma que era la capital de la cristiandad, se instalaron en Aviñón auspiciados y protegidos por el rey francés que así tenía la posibilidad de manipular a su gusto los negocios eclesiásticos, algo que siempre ha despertado el deseo de los príncipes. Después de un largo período de permanencia en Francia que se conoce como el Segundo cautiverio de Babilonia [1], uno de los papas decidió por fin regresar a Roma, donde murió al poco tiempo.

Mientras, el pueblo romano se manifestaba incesantemente y organizaba tumultos y motines cada vez que el Cónclave elegía a un papa que no era italiano. No olvidemos que en aquella época el papa era el soberano que gobernaba Roma junto con los vastos territorios pontificios denominados inicialmente Patrimonio de San Pedro y que después se ampliaron para llamarse Ducado Romano o Santa República de los Romanos y, una vez que el siglo XVI trajo la descripción del Estado moderno, se podrían llamar Estados Pontificios. Estos nombres pueden dar una idea de lo mal que debía sentar al pueblo ver a un gobernante no romano o ni siquiera italiano dirigiendo los destinos de su Roma. Desde 1314, pues, los papas fueron franceses hasta que en 1378 se eligió papa a un napolitano, Urbano VI, quien fijó de nuevo su residencia en Roma.

[1] El primero fue el del pueblo hebreo en tiempos de Nabucodonosor.

Pero esta vuelta «al hogar» tuvo al parecer un efecto perverso, porque al poco tiempo de haberle coronado, la mayor parte de los cardenales electores se mostraron profundamente arrepentidos y decidieron declarar nula la elección. Algunos autores señalan que el nuevo papa se había mostrado dictatorial e intratable, comportándose como un tirano enloquecido desde el mismo día de su ascenso a la silla de San Pedro, el 7 de abril de 1378. Otros autores más atrevidos aseguran que el nuevo pontífice había decidido terminar de un plumazo con las exacciones que habitualmente se producían en el seno de la Iglesia y que dos clérigos de Bohemia, Jerónimo de Praga y Juan Hus (precursores, por cierto, de Lutero), venían denunciando airadamente. Según estos autores, Urbano VI, de rigurosa moral y destacado impugnador de la simonía, se había pronunciado contra la venta de indulgencias y había aseverado: «Quiero purificar la Iglesia y la purificaré».

Fuera cual fuera el motivo, lo cierto es que el comportamiento del nuevo papa no resultó del agrado de sus electores, quienes se retiraron a la ciudad italiana de Anagni para proclamar la nulidad de su elección y nombrar un nuevo pontífice más acorde con sus gustos e intereses. El 20 de septiembre de 1378 eligieron un nuevo papa francés, Clemente VII, quien en vista de que el papa desposeído se negaba a abandonar la sede romana se instaló en Aviñón bajo la protección del rey de Francia.

Por tanto, en 1378 llegó a haber dos papas que pretendían al unísono ser vicarios de Cristo en la tierra. Como era de esperar, los países cristianos se dividieron en dos bandos para adherirse al papa de Aviñón o al de Roma, y entre estos se produjo un feroz intercambio de anatemas, maldiciones y atentados, considerando cada uno que el antipapa era el otro y organizando cruzadas contra el odiado rival. Y, como también era de esperar, segundos después de la muerte de cada uno de los papas, los cardenales de su entorno habían elegido y coronado a otro, para no dar lugar a un vacío en la silla papal. Así se prolongó el cisma un año tras otro, sin que ninguno de los dos se aviniese a abdicar a favor del otro.

Uno de los papas (o antipapas, según se mire) elegidos en Aviñón fue un cardenal aragonés llamado Pedro de Luna, quien tomó la tiara con el nombre de Benedicto XIII y que demostró ser honrado y capaz. Pero el papa Luna tenía un defecto y era no ser italiano ni francés, por lo que ni el romano hubiera nunca abdicado en su favor, ni el rey de Francia le prestó su apoyo mucho tiempo. En

1398, Benedicto XIII tuvo que abandonar la ciudad fortificada de Aviñón después de un asedio militar de más de cuatro años al que le sometieron los soldados franceses, empeñados en que renunciara a favor de un papa francés.

Pero los franceses no habían contado con la obstinación del papa aragonés, quien lejos de dimitir se refugió en su castillo de Peñíscola, donde recibió tropas y una importante flota de los príncipes catalanes y valencianos con las que emprendió una batalla naval contra los otros papas.

Así pues, un papa en Aviñón, otro en Roma y otro en Peñíscola dieron lugar al cisma tricéfalo que dividió a la cristiandad ya no en dos, sino en tres bandos, no sólo sociales, sino militares, porque lo que empezó con demandas de renuncia y amenazas terminó a cañonazos.

Cisma tricéfalo

El de Occidente no fue el primer cisma tricéfalo que se produjo en el seno de la iglesia. Ya en el siglo XI se dio una situación similar, cuando tres papas se disputaron el poder. Pero, a diferencia del de Occidente en que cada papa se asentaba en una ciudad distinta, los tres papas del siglo XI se encontraban en Roma y se revolvían en la misma ciudad. Debió de ser digno de ver cómo celebraban los oficios religiosos, uno en Santa María la Mayor, otro en San Juan de Letrán y otro en San Pedro in Batecanum, maldiciéndose los unos a los otros, excomulgándose mutuamente y enviándose embajadas con amenazas, ataques y atentados.

Sin embargo, en el cisma de Occidente los papas no se limitaban a excomulgar al contrario o a atentar contra él, sino que organizaban cruzadas internacionales y otorgaban indulgencias a quienes luchasen contra los enemigos, es decir, contra los papas rivales y los países que les apoyasen.

Pasaron los años y el papa Luna no se rendía. Cuando el emperador Segismundo finalmente decidió tomar cartas en el asunto, reunir un concilio y elegir un nuevo papa destituyendo a todos los demás, el papa Luna no aceptó la resolución del concilio. Sus argumentos fueron contundentes. En primer lugar, la dignidad papal es irrenunciable. En segundo lugar, una vez fallecidos todos los cardenales de su tiempo él era el único cardenal que quedaba vivo desde antes del Cisma. Puesto que todo lo sucedido después del Cisma era inválido, él era

el único cardenal legítimo que quedaba en el mundo y sólo él podía elegir papa. Por tanto, se elegía a sí mismo. Era el otro quien debía renunciar. «El otro», es decir, Martín V, perteneciente a la poderosa familia Colonna, había sido elegido en 1414 en el concilio de Constanza en el que, por cierto, se aprovechó para mandar quemar vivo a aquel clérigo de Bohemia llamado Juan Hus, quien se había convertido en un molesto grillo que perturbaba con sus chirridos el plácido curso del caudaloso río de oro que, procedente de las indulgencias, desembocaba en las arcas de Dios.

Oficialmente, el concilio de Constanza terminó con el cisma, porque declaró antipapa al papa aragonés que seguía porfiando y tratando de demostrar su legitimidad frente al mundo entero, atrincherado en su castillo de Peñíscola, donde ya solamente recibía apoyo de Castilla y de Aragón.

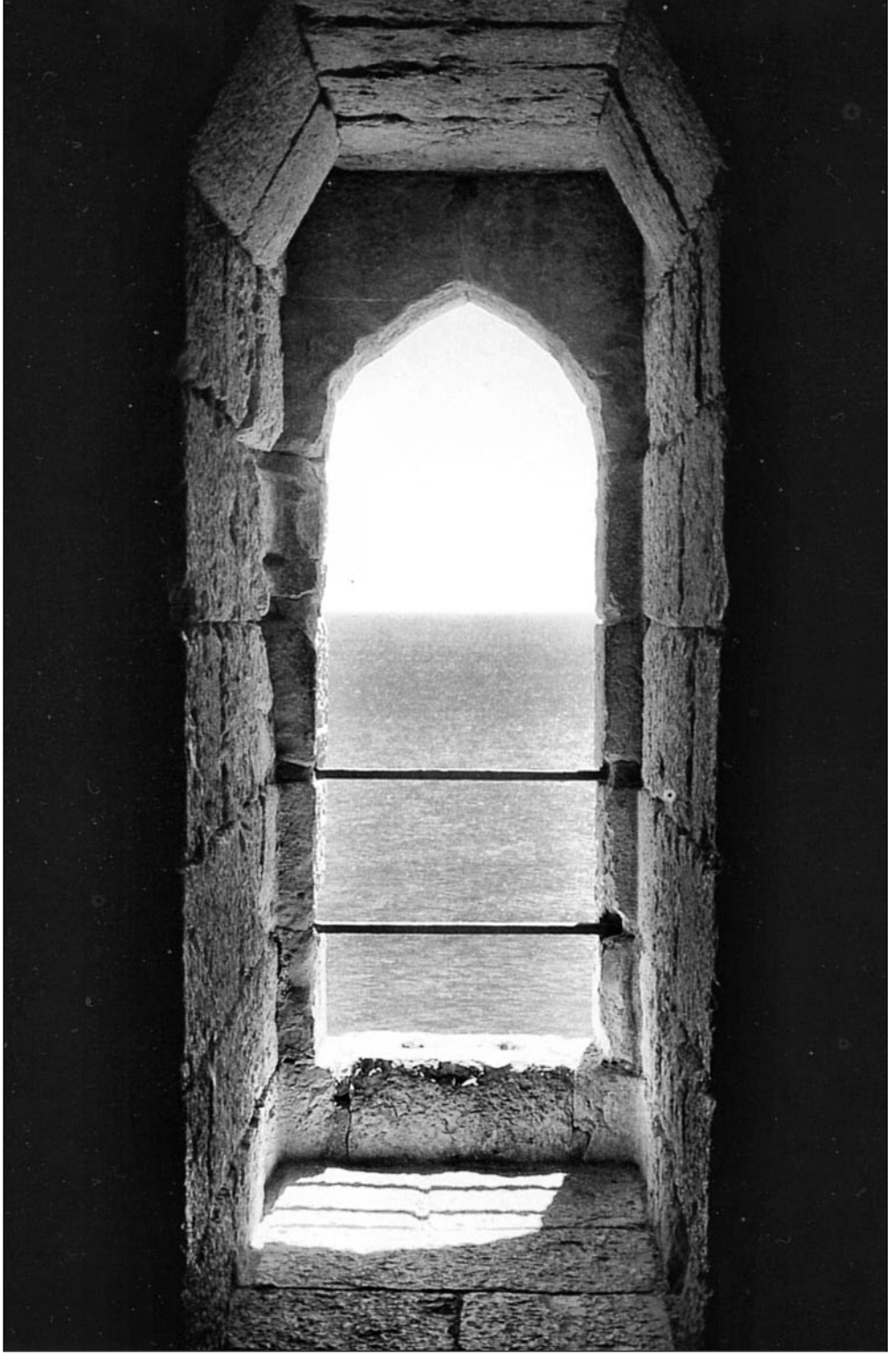
Se ha dicho que le intentaron envenenar en más de una ocasión, pero que su fuerte naturaleza y su dura cabeza se resistieron a morir y que solamente murió de viejo ya en 1423. No lo sabemos con certeza, sólo sabemos que al morir dejó un heredero de su tiara y de su cabezonería, otro aragonés, a quien el puñado de cardenales que resistía en Peñíscola coronó con el nombre de Clemente VIII.

Las habilidades de un negociador

El 25 de julio de 1429 llegó ante la rampa de entrada del castillo un jurista valenciano a quien no atemorizaba la amenaza de muerte que, según decían, pendía sobre las cabezas de los legados que hasta allí llegaban con pretensiones de hacer abdicar al papa aragonés. Llegó pidiendo ver a Clemente VIII.

Alonso de Borja es el nombre de aquel intrépido jurista que se atrevió a presentarse ante el papa cismático para tratar de convencerle de que la Iglesia de Cristo solamente podía tener una cabeza. Ya en vida del papa Luna, Alonso de Borja había tenido el valor de entrar a su servicio a pesar de que, sin ser especialmente clarividente, cualquiera hubiera podido comprobar que los días papales de Benedicto XIII estaban contados y, con ellos, lo estaba también la carrera profesional de sus adeptos.

Este Alonso de Borja era el pariente pobre de una familia asentada en Játiva, en el reino de Valencia, procedente al parecer de un burgo pontificado al sur del Ebro, Borja, cerca de la frontera navarra.



La ventana de la habitación del papa Luna en el castillo de Peñíscola desde la que contemplaba el avance se su flota. En aquella fortaleza se atrincheró para guerrear contra los papas de Roma y de Aviñón, y hasta allí llegó Alonso de Borja para convencer a su sucesor de que renunciase a la tiara papal.

Hubo un tiempo en que los Borja pretendieron atribuirse, como tantos otros, un origen noble, y quisieron hacer creer que descendían de un tal Pedro de Artarés, noble aragonés sobrino natural del rey Alfonso I el Batallador, quien le había entregado la fortaleza de Borja en agradecimiento a sus servicios. Pero lo cierto es que don Pedro de Artarés había muerto sin descendencia en 1151 y que la primera noticia documental que se tiene de la familia Borja fue su participación en la conquista de Játiva en 1244, acompañando a Jaime I el Conquistador, con quien llegaron a Valencia procedentes de Aragón. Después de arrancar el reino de Valencia al moro, los Borja entraron a formar parte de la nobleza local urbana de Játiva, pero una rama más humilde de la familia no llegó a establecerse en la ciudad, sino en los alrededores, concretamente en Canals, y de allí procedía Alonso de Borja.

Sabemos que era el pariente pobre de la familia urbana de Játiva porque fue fray Vicente Ferrer, un dominico que predicaba por entonces, quien convenció a la madre de Alonso para que éste iniciase la carrera eclesiástica y convenció también a los parientes ricos de la ciudad para que sufragasen sus gastos. Igualmente sabemos que Alonso supo corresponder cumplidamente tan pronto se sentó en la silla de San Pedro con el nombre de Calixto III, porque llamó consigo a los hijos de aquellos que en su día le protegieron y los tuvo a su lado hasta su muerte. El más importante de ellos fue su sobrino Rodrigo de Borja, al que un día ceñiría la tiara papal con el nombre de Alejandro VI. Tampoco se olvidó de su benefactor, quien le había recomendado no sólo a sus parientes ricos para sufragar sus estudios, sino que una vez estos hubieron finalizado le había introducido en la corte del rey de Aragón, por entonces Martín I el Humano. El Papa, agradecido, se ocupó de beatificar al fraile dominico de Valencia al que hoy llamamos San Vicente Ferrer.

Un premio para el éxito

Como si formara parte de su destino, el mismo año en que se inició el cisma de Occidente, 1478, vino al mundo Alonso de Borja, a cuyas aptitudes diplomáticas se debió la liquidación del último reducto cismático, el grupo de cardenales atrincherados en Peñíscola junto a su electo papa Clemente VIII.

Algunos autores opinan que Alonso de Borja ascendió a la dignidad papal sin mérito alguno, elevándose sobre infamias e iniquidades desde un oscuro rincón de los alrededores de Játiva. Pero el hecho de conseguir la renuncia al papado de un aragonés que llevaba años porfiando con medio mundo puede ser mérito suficiente si no para hacerle papa, sí para hacerle obispo.

Y eso es lo que consiguió. Clemente VIII había venido rechazando todas las ofertas de negociación de la curia de Roma e intervenciones del rey de Aragón y suponemos que también desechó no pocas amenazas. Del papa Luna y de él se dijo que eran herejes, apóstatas diabólicos, que habían pactado con el demonio, y los legados pontificios o reales se negaban a aproximarse al castillo de Peñíscola por miedo a una acción demoníaca, a una maldición inevitable o a un ataque militar. Quizá por eso tuvo más mérito la presencia de Alonso de Borja a la puerta de la fortaleza, solicitando hablar con él en nombre de Su Santidad Martín V. Y para asombro de toda la cristiandad y seguramente del mismo Alonso, Clemente VIII le recibió.

Es bastante probable que el antipapa estuviera deseando que alguien viniera a negociar con él y a ofrecerle una salida digna y decorosa en lugar de lanzarle anatemas y tratarle como al diablo encarnado. Lo cierto es que no solamente recibió a Alonso de Borja inmediatamente, sino que se avino a negociar y llegó a aceptar las condiciones que éste le ofrecía. Eran bastante aceptables, por cierto. Si abdicaba, se le permitiría reincorporarse a la Iglesia como obispo de Mallorca y se reconocerían las decisiones tomadas por Benedicto XIII y por él mismo.

Clemente VIII no era necio y seguramente era consciente de la delicada situación a que se estaba exponiendo con su terquedad. Por una parte, cada vez tenía menos apoyo externo y algún día se iba a quedar solo ante sus oponentes. Por otra parte, los recursos económicos que pudiera haber heredado del papa Luna debían estar llegando a su fin y el porvenir no parecía sonreírle. Así, pues, un obispado de las características del de Mallorca suponía un retiro tranquilo y económicamente acomodado, porque la sede mallorquina tenía muy buenos beneficios. Y, finalmente, la solución que le propuso Alonso de Borja le permitía salir con el rostro levantado y no temer insultos o malos tratos. Era una salida airosa que, además, se ampliaba al resto de su gente. El problema de abdicar y de renunciar a un cargo religioso suponía arrastrar al abismo a todos los cargos nombrados, puesto que si un papa reconocía no tener derecho a serlo, los obispos y cardenales que hubiese nombrado quedaban destituidos automáticamente.

Pero la salida honrosa que le propuso Alonso de Borja incluía admitir los nombramientos y decisiones anteriores, con lo cual nadie salía perdiendo.

El mérito real no estaba, pues, en la negociación, sino en haber sido capaz de elaborar semejante propuesta. No olvidemos que Alonso era entonces consejero de personajes importantes ya que, merced al apadrinamiento de fray Vicente Ferrer, había entrado a formar parte del consejo del rey de Aragón Martín el Humano, y a la sazón lo era de Alfonso V el Magnánimo. El hecho de que unos y otros le nombraran consejero, puesto que también fue confesor en su día del papa Luna, y de que lo eligieran como legado dice bastante de sus aptitudes negociadoras, cosa sumamente importante en aquellos tiempos en los que, finalizando la Edad Media e iniciándose el Renacimiento, el ser humano estaba aprendiendo a utilizar la razón y no la fuerza bruta para conseguir sus propósitos.

En resumen, el antipapa Clemente VIII firmó un documento de renuncia por el que se convirtió automáticamente en don Gil Sánchez Muñoz, obispo de Mallorca, devolviendo al mismo tiempo que la tiara los bienes eclesiásticos recibidos del papa Luna. En cuanto al hábil negociador que logró la firma, el cardenal primado lo premió con el obispado de Valencia, lo que le obligó a recibir todas las órdenes sagradas de una sola vez, algo que, por cierto, era bastante común cuando se trataba de premiar a un laico, porque no había mejor premio que un cargo eclesiástico. Una abadía o un obispado eran las posiciones que más pingües rentas y beneficios llevaban asociados.

De Borja a Borgia

Se ha dicho que los Borja italianizaron su apellido cuando se establecieron en Italia, pero parece que lo cierto es que fue la cancillería pontificia del papa Martín V la que decidió que había que latinizar el nombre de Borja toda vez que Alonso había dejado de ser laico para convertirse en sacerdote. La cancillería papal le obligó a convertir su apellido en Borgia cuando se trasladó a Roma, una vez investido cardenal en 1444. No fue, por tanto, una conversión al italiano, sino al latín, que al fin y al cabo es la lengua madre del italiano y la lengua oficial de la Iglesia desde el siglo IV[2].

[2] La lengua oficial de la Iglesia fue el griego, hasta que en el siglo IV se adoptó el latín que era la lengua oficial del Imperio Romano.

Órdenes sagradas

En la Edad Media, la Iglesia había adoptado el sistema feudal: un obispo o un abad eran señores feudales que recibían de sus vasallos las mismas rentas, impuestos y derechos que los señores laicos. El mismo papa fue señor feudal cuando tuvo territorios que gobernar, que se llamaron Patrimonio de San Pedro. Era normal, por tanto, que un laico se viera obligado a recibir todas las órdenes sagradas una tras otra para convertirse en religioso y poder asumir el cargo concedido. En aquellos tiempos, era habitual que los laicos se convirtiesen en obispos o abades de la noche a la mañana para poder ocupar abadías u obispados sin pérdida de tiempo. Por ejemplo, en Bizancio, el patriarca Focio había recibido las órdenes sagradas en sólo cinco días con el objeto de que bendijese los amores extraconyugales del regente Bardas, que quería casarse con su concubina tras haber repudiado a su esposa. Y en Roma, en 1024, el papa Juan XIX recibió las órdenes sagradas y fue coronado papa en un mismo día, ya que era laico.

De obispo a cardenal papable

Los obispos no son papables a menos que se conviertan en cardenales. Alonso de Borja recibió el capello cardenalicio del siguiente papa, Eugenio IV, el 2 de mayo de 1444, también en virtud de su intervención exitosa en la disputa que este papa venía manteniendo con el rey Alfonso V el Magnánimo por causa del reino de Nápoles.

Alfonso el Magnánimo era rey de Aragón y también de Cataluña, porque los reyes de Aragón llevaban aparejado el título de condes de Barcelona, lo que les convertía en príncipes de toda Cataluña desde que Ramón Berenguer IV de Barcelona se casara con doña Petronila, heredera de Aragón. A partir de su conquista, Valencia y Baleares quedaron comprendidas en el reino.

Además de rey de Aragón y Cataluña, Alfonso V el Magnánimo era rey de Cerdeña y de Sicilia, a lo que se denominaba Reino de las Dos Sicilias, pero como le parecía insuficiente, esgrimía desde tiempo atrás frente al papa Eugenio IV sus derechos al trono de Nápoles, que estaba vacante desde que la reina Juana II falleciera tras haberle adoptado como hijo. Sin embargo, el hecho de que él fuera hijo adoptivo de la reina de Nápoles no impedía a los barones de la casa de Anjou pre-

sentar al papa su candidatura a la corona napolitana ni tampoco impedía a Génova y Milán apoyarles. En realidad, la adopción de Alfonso por parte de la reina Juana no fue más que uno de los muchos caprichos pasajeros de la singular soberana, que tuvo tres maridos y numerosos amantes y, según dicen, a todos les prometió la corona de Nápoles. La reina Juana murió en 1435, y ante el estupor y la decepción de los demás pretendientes dejó a Renato de Anjou como heredero.

Quien tenía que decidir entre los pretendientes era precisamente el papa, por ser el reino de Nápoles feudo de la Santa Sede, y Eugenio IV no se decidía por Alfonso, sino por el de Anjou. Además, Alfonso no solamente quería el reino para sí, sino para dejarlo en herencia a su hijo Ferrante, ilegítimo para mayor complicación.

Esta fue la nueva negociación que recayó sobre Alonso de Borja. Debía conseguir la paz entre las partes y hacer que el papa reconociese a Alfonso de Aragón como rey de Nápoles, y a su hijo bastardo, heredero del trono.

Por otro lado, el papa Eugenio IV había sido elegido el primero de marzo de 1431 en contra de los intereses de los parientes y herederos del anterior papa Martín V, los poderosos Colonna. Los continuos enfrentamientos que se producían en el seno de la Iglesia, promovidos por príncipes tanto eclesiásticos como laicos, habían llevado a la celebración de dos concilios opuestos y antagónicos que se desarrollaban en paralelo, uno en Ferrara, presidido por el papa Eugenio y otro en Basilea, bajo la presidencia del arzobispo de Arlés, el cual terminó por deponer al papa recién nombrado, quien a su vez excomulgó al concilio de Basilea y a todos sus participantes. El concilio de Basilea, sin hacer caso de la excomunión, procedió a elegir un antipapa, Félix V que era nada menos que el príncipe Amadeo VIII de Saboya. Mientras, el concilio de Ferrara se trasladó a Florencia y finalmente a Roma, debatiendo los principios que separaban a la Iglesia de Occidente de la de Oriente.

En toda esta acumulación de hechos, debates y rivalidades, bien necesitaba el papa Eugenio el apoyo de príncipes laicos contra el poderoso antipapa de Basilea y los aún más poderosos Colonna. Por tanto, la contrapartida a negociar por Alonso de Borja era la adhesión del rey de Aragón a la causa papal.

La negociación respecto a la corona de Nápoles hubiera sido imposible de no ser porque Alfonso el Magnánimo arremetió contra la ciudad de Nápoles con todo su ejército y logró sitiarla y, además, los napolitanos, que no debían tener ningún deseo de ser gobernados por los franceses, se rindieron sin presentar batalla.

Alfonso de Aragón fue, por tanto, reconocido como rey de Nápoles, su hijo Ferrante fue reconocido heredero legítimo y ambos prestaron su apoyo incondicional al papa Eugenio IV. En cuanto a nuestro héroe negociador, el obispo Borja, que había cumplido sesenta y seis años, recibió el nombramiento de cardenal de la Santa Iglesia.

Entonces fue cuando tuvo que trasladarse a vivir a Roma y hubo de latinizar su nombre, Borja, por Borgia.

La profecía

A finales del siglo XIV, un fraile dominico valenciano llamado Vicente Ferrer recorría el reino de Aragón predicando la palabra de Dios, o al menos la palabra que la Iglesia consideraba divina, puesto que entre sus prédicas exhortaba a alejarse de moros y judíos incluso a la hora de recabar servicios médicos, cosa de gran importancia si tenemos en cuenta que en aquellos tiempos tanto los médicos judíos como musulmanes tenían una muy bien ganada fama de eficaces. De hecho, los mismos sermones de fray Vicente manifiestan el prestigio social que tenían entonces los alfaquíes (médicos moros) en la sociedad valenciana, porque en ocasiones el predicador procuraba por todos los medios la conversión del médico más que su apartamiento social, con el fin de no perder eminencias científicas para la cristiandad.

En todo caso, el dominico predicaba lo que creía oportuno, que era servir a Dios a través de su Iglesia, y servirle significaba atrincherarse contra los dos males más temidos en la Edad Media, el contacto con los infieles y el Juicio Final, que por entonces siempre parecía ser algo inminente. Las prédicas de fray Vicente no eran más que el reflejo de la xenofobia antijudía y antimusulmana que existía en los siglos XIV y XV, especialmente en los reinos de Aragón, Murcia y Castilla.[3]

[3] Ya en 1322, el concilio de Valladolid ordenaba a los obispos aplicar penas eclesiásticas a los cristianos que acudieran a médicos judíos o mudéjares. En 1335, el concilio de Salamanca recalcó el peligro que supone para las almas cristianas la reprobable costumbre de llamar a médicos hebreos o sarracenos cuando los cuerpos enferman. Las penas señaladas para los transgresores eran nada menos que de excomunión, algo que en aquella época dejaba al excomulgado totalmente fuera de la sociedad.



San Vicente Ferrer. Detalle del retablo del siglo XVI conservado en Santo Domingo de Valencia. San Vicente influyó en gran manera en el destino de Alonso de Borja. Él fue quien convenció a la familia para dedicarle a la religión, quien le introdujo en la corte del rey de Aragón, quien le presentó al papa Luna y quien, según la leyenda, predijo que sería papa y que le canonizaría.

De hecho, el predicador consiguió numerosas conversiones tanto de moros como de judíos, cosa que entonces se estimó como muy milagrosa por creerse efecto del énfasis que el mismo Dios ponía en la palabra de fray Vicente. En realidad, la mayoría, por no decir todos los conversos, se veían en la tesitura de bautizarse o perder la clientela y, en numerosas ocasiones, todos sus bienes, porque los cristianos tenían la inveterada costumbre de perseguirles, apedrearles y asaltar sus barrios para robarles y perjudicarles lo más posible.

Pero la lista de milagros de fray Vicente Ferrer no se limitaba a las conversiones, sino que se le atribuían más de mil hechos milagrosos, hasta el punto de que las buenas gentes contaban que el prior de su orden le había prohibido en una ocasión realizar más milagros por no menoscabar el prestigio de la Iglesia. El buen dominico obedeció la orden de su superior sin rechistar, pero no pudo impedir realizar un nuevo milagro cuando un albañil que le contemplaba desde lo alto de un andamio perdió pie y cayó al vacío gritando «¡Sálvame, padre Vicente!». Fray Vicente tuvo que tomar una decisión precipitada que no contrariase la orden recibida ni dejase al albañil sin salvación. Le detuvo en el aire durante el tiempo necesario para correr en busca del prior y pedirle una salvedad a la prohibición. Cuando la obtuvo, voló a rematar la tarea inconclusa, haciendo que el albañil aterrizase sano y salvo.

La historia anterior es incierta, sin lugar a dudas, pero la que se cuenta a propósito de Alonso de Borja, bien pudiera ser real. Se dice que en su incesante recorrido del reino de Aragón para predicar y convertir, fray Vicente recaló en Játiva y allí tuvo ocasión de conocer al pequeño Alonso, que no contaba más de ocho o diez años, de cuya inteligencia desenvuelta obtuvo al parecer una magnífica impresión, ya que, como dijimos anteriormente, insistió a su madre para que le dedicase a estudios religiosos y convenció a la rama rica de la familia para que los sufragase.

La forma en la que el santo predicador trabó conocimiento con el pequeño Borja es bien sencilla. Alonso y su madre se tropezaron un buen día por la calle con fray Vicente y ella corrió a pedirle que bendijera a su hijo.

También se cuenta, sin que sepamos si es cierto o una leyenda creada cuando ya la profecía se había cumplido, que siendo ya Alonso bachiller jurista y residiendo en Lérida escuchó uno de los encendidos sermones en los que fray Vicente exhortaba a huir del pecado y a honrar a Dios, ya que llegaba la hora de su juicio. Oírle y mostrar inmenso entusiasmo fue todo uno. Entonces dicen que el

dominico le miró fijamente y pronunció la frase profética: «Tú serás el ornato y la gloria de tu familia y yo mismo, a mi muerte, seré objeto de tu veneración».

Fuera anterior o posterior a los hechos, lo cierto es que la profecía se cumplió. El 8 de abril de 1455, a los 76 años de edad, el cardenal Alonso Borja fue elegido papa, según cuentan para sorpresa de todos e incluso para sorpresa de sí mismo. El 3 de junio del mismo año, fray Vicente Ferrer pasó a llamarse Beato Vicente Ferrer, un primer paso hacia su siguiente canonización.

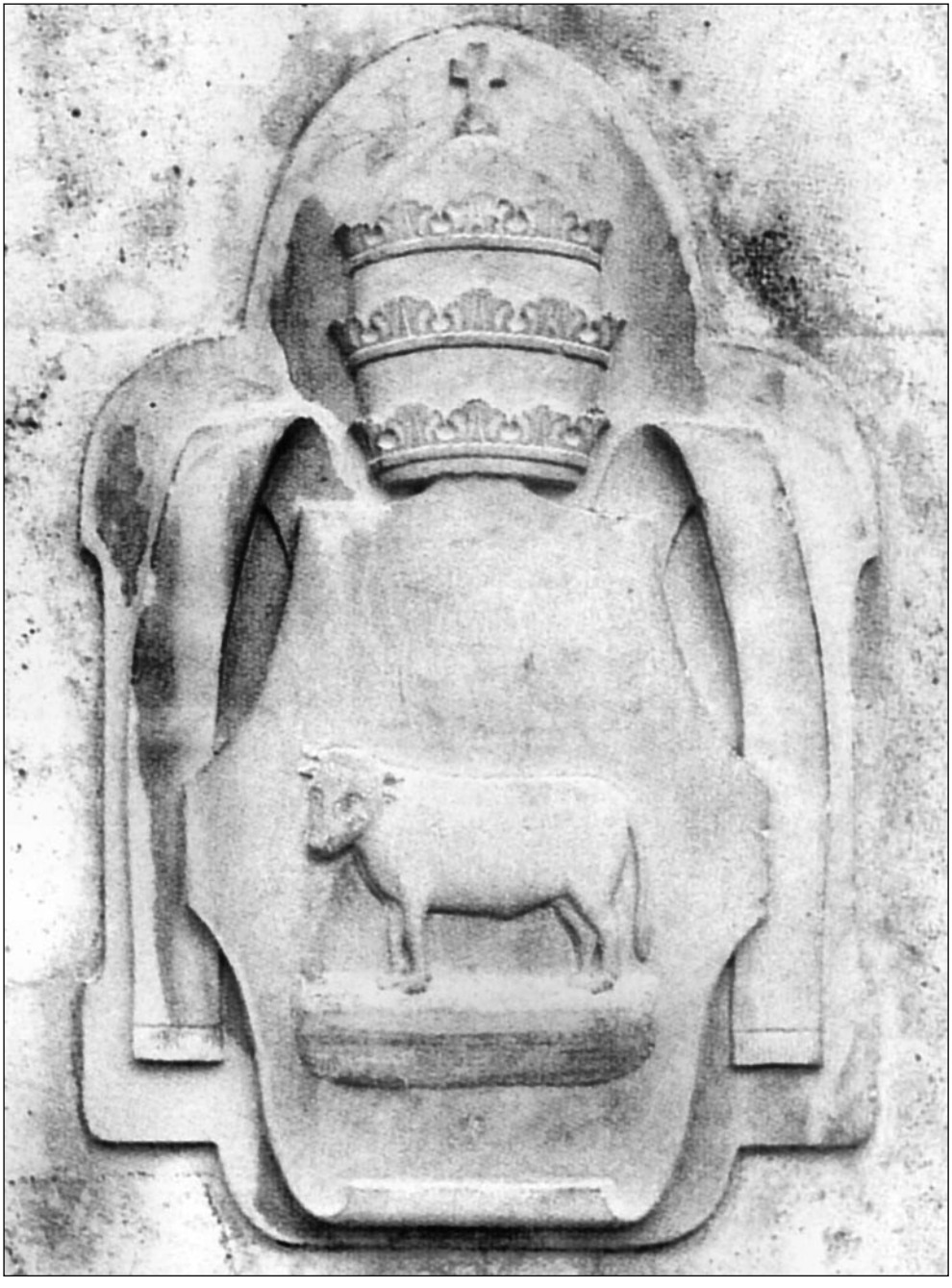
Quienes afirman que esta historia es cierta aseguran que Alonso de Borja creía en las profecías y que se mostró agradecido.

Quienes no la creen cierta, opinan que seguramente se mostró agradecido, pero no por la frase profética sino por los muchos empujones que el dominico le diera en vida, encaminándole no solamente hacia la religión, sino hacia objetivos tan elevados como ser confesor del papa Luna, a quien fray Vicente defendía como papa verdadero con el mismo ardor con el que predicaba contra los infieles, y por ayudarle a acceder al consejo del rey de Aragón.

El pariente pobre

La familia Borja valenciana era seguramente de origen aragonés, pues ya dijimos que llegaron a Valencia acompañando al rey Jaime I el Conquistador, pero no podemos asegurar que su linaje procediera de la villa de Borja. Lo que sí sabemos con certeza es que ya en el siglo XIII el apellido Borja era común en el reino de Valencia, especialmente en la ciudad de Játiva, y que la mayor parte de las personas que ostentaban ese apellido procedían de linaje de caballeros. También sabemos que su escudo presentaba un toro de color rojo o, en lenguaje heráldico, un buey bermejo. Y sabemos que Jaime I el Conquistador repartió las tierras y los castillos abandonados por los moros en su derrota entre los muchos caballeros que le habían ayudado a conquistar el reino. Entre ellos estaba la familia Borja. Caballeros, por tanto, al servicio de su rey.

Ser caballero en la Edad Media suponía encontrarse en uno de los peldaños más elevados de la estratificada sociedad feudal. El zoólogo Konrad Lorenz advirtió que las gallinas constituyen una pirámide jerárquica en la que cada gallina puede picotear a las situadas por debajo de su jerarquía y, al mismo tiempo, recibir los picotazos de las situadas por encima. En esto hay dos excepciones. La galli-



El escudo de la familia Borja. El toro rojo se convirtió en un símbolo cuando Rodrigo de Borja alcanzó el sitial de San Pedro con el nombre de Alejandro VI e incorporó el toro rojo al blasón papal.

na colocada en la cúspide que pica a todas y no sufre picotazos de ninguna y la situada en la base que no tiene a quien picar pero recibe los picotazos de todas.

Eso mismo sucedía en la sociedad medieval. El más alto, que era el papa o el emperador, tenía derechos sobre todos los de abajo y el más bajo, que era el villano o el campesino, tenía obligaciones para todos. Recibía todos los palos y soportaba todo el peso de la pirámide.

Pero el campesino, el artesano o el comerciante no trabajaban para alimentar gratuitamente a clérigos y nobles, sino que, a cambio, recibían de ellos la protección física y moral. El clérigo tenía la misión, encomendada por Dios, de conducir a las gentes hacia la salvación. El señor tenía la misión, procedente asimismo de Dios, de emplear la fuerza, el poder y las armas para mantener el orden y la justicia. La misión de alimentar a todo ese tropel de señores recaía, por tanto, en el siervo, cuyo destino era ser pobre de por vida.

El caballero medieval ejercía la profesión más noble que, aparte de la religiosa, podía ejercer un hombre, que era la de las armas. El valiente caballero luchaba por aumentar su honor e impartir justicia, y mientras el pueblo comentaba y cantaba sus hazañas escritas y recitadas por juglares y clérigos andariegos en romances y poemas épicos.

Pero el caballero no solamente aprendía las armas y la caza, mientras el clérigo aprendía las letras y los rezos; eso sucedía en la alta Edad Media, cuando los nobles eran iletrados y bárbaros. A partir del siglo IX, el renacimiento carolingio comenzó a devolver a Europa el saber de las siete Artes Liberales, las que constituyeron el Trivium y el Quadrivium [4], celosamente guardadas en los monasterios ingleses e irlandeses, a salvo de invasores. Cuando los invasores se civilizaron, ellos mismos reclamaron instrucción y el saber se empezó a propagar a través de las Escuelas Episcopales y Palatinas, las primeras universidades creadas por Carlomagno. Más tarde, otros invasores, los sarracenos, trajeron de Oriente todo el saber clásico traducido al árabe y después al latín, para que los europeos pudiesen recuperar lo que creían perdido.

Por tanto ya en la baja Edad Media, que es cuando se inicia este relato, los caballeros aprendían a leer y a cantar y se instruían en esgrima, geometría, nigromancia y leyes. Además, ningún caballero se educaba en su casa ni en su

[4] Las siete Artes Liberales eran la Gramática, la Retórica, la Dialéctica, la Aritmética, la Geometría, la Música y la Astronomía.

castillo, sino que, en su niñez, iba a servir como paje al castillo o palacio del señor feudal de jerarquía superior y allí, al tiempo que servía, aprendía el uso de las armas tanto para la guerra como para la caza, así como todo lo necesario para cumplir con sus deberes cortesanos.

Los Borja, ya asentados en Valencia, lucharon al lado del rey Pedro IV el Ceremonioso contra la alta nobleza aragonesa, con lo cual se desvincularon de Aragón para convertirse en valencianos, a fuero de Valencia. Los nobles medievales, a pesar del juramento de fidelidad que hacían a su señor natural, eran levantiscos y estaban siempre dispuestos a traicionar su juramento y sublevarse contra él y así, cuando Pedro el Ceremonioso pretendió modificar la ley de sucesión para que fuera su hijo quien le sucediera en el trono y no su hermano, los nobles crearon una alianza que se llamó la Unión, para levantarse y obligar a su rey a mantener el privilegio de sucesión a favor del hermano y devolverle el cargo de procurador general del reino, que le había retirado para dárselo a su hijo.

Pero lo que nos interesa saber ahora es por qué Alonso pertenecía a una rama humilde de la familia y por qué Rodrigo, su sobrino más célebre, pertenecía a la rama más distinguida y noble.

Precisamente, Rodrigo procedía de la rama de los Borja que se desvincularon de su origen aragonés y se pusieron al lado de Pedro el Ceremonioso en su lucha contra la Unión, lo que les confirió mayor importancia social en el reino valenciano y les permitió establecer uniones matrimoniales y alianzas con familias de alto rango originarias de Valencia y no de Aragón. Las familias de claro linaje valenciano cuyos nombres se pronunciaban con mayor respeto y veneración eran por entonces los Fenollet, los Oms, los Escrivá y los Milá, y emparentar con ellos elevaba automáticamente el estatus social. Y la familia Borja, la rica, la que se había establecido en la ciudad y de la que en su día naciera Rodrigo, emparentó no sólo con una, sino con tres de las familias de mayor tronío. Así, la bisabuela paterna de Rodrigo se llamaba Fenollet-Oms y, la abuela paterna, Escrivá.

La otra rama, la que se asentó en Canals, se conformó con cuidar del patrimonio de los parientes ricos. Domingo Borja, el padre de Alonso, era el administrador de la Torre de Canals, una finca propiedad de don Rodrigo Gil de Borja, de la rama noble. Entre los apellidos de Alonso no figuraba el de ninguna de las familias de alto copete, lo que indica claramente su procedencia humilde.

Pero no en vano se acercaba el Renacimiento a pasos agigantados, porque las cosas empezaron a cambiar a mediados del siglo XV, y lo que antes hubiera resultado inadmisible empezó a producirse cada vez con mayor frecuencia. En la Edad Media, la nobleza y la riqueza tenían origen divino, y si uno era noble, rico o caballero lo era por designio de Dios. Por tanto, resultaba inconcebible que un noble emparentase con un siervo, porque los siervos se encontraban uno o varios escalones más abajo. Y, como la nobleza, el poder, la grandeza y la riqueza se heredaban o se recibían siempre en nombre de Dios, de un señor tan poderoso como un rey o un obispo, la desigualdad social era la norma y, además, el origen de esa desigualdad era también divino, por lo que nadie la cuestionaba.

Nadie la cuestionaba hasta que llegó el Humanismo, el movimiento intelectual que se inició hacia el siglo XIV con filósofos tan destacados como Guillermo de Ockham y Roger Bacon, merced a cuyas ideas la gente empezó a plantearse que no era oro todo lo que relucía, que no valía especular y creer las cosas a pies juntillas sino que había que aprender a observar para buscar la verdad. Con ello, el mundo entró en una nueva etapa en la que lo que valía era no sólo la teoría, sino también la práctica, y ésta nada tenía que ver con Dios.

Y la práctica bien podía incluir el que un individuo de origen humilde como nuestro Alonso pudiera elevar su rango y el de su familia por sus propios méritos y su propio quehacer. Así, Alonso llegó un día a ser jurista prestigioso, a obtener un cargo importante en la administración real y a contar con ingresos cuantiosos. Y todo ello sin mediación alguna de la mano divina, puesto que nada había heredado de sus padres y lo único que había recibido gratis había sido el patrocinio de fray Vicente Ferrer. Y siendo ya Alonso un personaje socialmente reconocido se permitió el lujo de casar a su hermana Isabel con el hijo del amo, Jofré de Borja, hijo de aquel don Rodrigo Gil de Borja y de doña Sibila Escrivá. La familia de Alonso de Borja recibió así un apellido ilustre a incorporar a los vástagos del nuevo matrimonio, y la familia rica acrecentó su patrimonio con la cuantiosa dote que Isabel aportó a las nupcias.

Lo que no se imaginaban ni el nuevo matrimonio ni el resto de la familia es que de esa unión entre la hija del administrador y el hijo del amo iba a nacer nada menos que el Borja más importante de todos, Rodrigo, que llegaría a ser papa con el nombre de Alejandro VI.

Pero para eso debían suceder todavía unas cuantas cosas.

Los catalanes en Roma

Alonso de Borja había aceptado el capello cardenalicio con el deseo de entregarse en Roma a una vida más reposada y acorde con su edad, después de tantos años de batallar como diplomático y como consejero de señores poderosos. Pero no sabía el flamante cardenal en qué avispero se introducía, porque Roma, su curia y su corte hervían de rivalidades, odios, enfrentamientos, venganzas y rencillas, algunas de ellas seculares y otras no por más recientes menos peligrosas. En aquel momento, las dos familias más poderosas que impulsaban los enfrentamientos más tumultuosos eran los Orsini y los Colonna.

En 1445, Alonso de Borja se trasladó a Roma y se encontró con que el avispero le esperaba como hubiera esperado a cualquier otro posible rival. Cualquier cardenal lo era puesto que era susceptible de ser elegido papa o bien de apoyar a una o a otra causa.

Pero en Roma no solamente había luchas y enfrentamientos. El Renacimiento se abría allí camino a pasos de gigante y el Humanismo había ya cuajado en intelectuales con los que Alonso trabó amistad, como el cardenal Besarión, obispo de Nicea, al que había conocido en Florencia en sus andaduras para mediar entre el papa Eugenio y el rey de Aragón.

Otro de los ilustres personajes con los que trabó amistad fue Lorenzo Valla, a quien Alfonso de Aragón tomó como secretario para protegerle de la investigación inquisitorial que se le echó encima cuando el sabio humanista publicó un libro con una acerada crítica filológica e histórica de un texto denominado *Donación de Constantino,* en el que demostró la falsedad del documento en cuestión.

Los papas venían utilizando este controvertido documento desde el siglo XI para someter a los reyes y emperadores y tratar de convertir el mundo occidental en feudo pontificio. En la Edad Media, ningún intelectual se hubiera atrevido a un análisis tan exhaustivo de un documento eclesiástico, pero en el siglo XV el libro de Lorenzo Valla señalaba en el texto matices idiomáticos que no solamente no correspondían al siglo IV, que era el tiempo de Constantino, sino que se podían situar claramente en el VIII, de donde se deducía que la falsificación databa de esa fecha. La Inquisición le obligó a huir de Roma, a pesar de lo cual Alonso mantuvo su amistad carteándose con él con frecuencia.

La Donación de Constantino

La Donación de Constantino es un documento falsificado por la curia romana del siglo VIII según el cual, en el siglo IV, Constantino el Grande había recibido del papa Silvestre el agua del bautismo, curándose la lepra que padecía. En agradecimiento, regaló a la Santa Sede todos sus palacios, toda Italia y todo Occidente. Él se retiraría a Oriente y establecería su gobierno en Bizancio, «porque no es justo que el emperador terreno reine donde el emperador celeste ha establecido el principado del sacerdocio y la cabeza de la religión cristiana».

Otros autores cuentan que, arrepentido de sus horribles crímenes, Constantino el Grande pidió a la Sibila que le señalara el camino de la expiación, pero ella le rechazó exclamando «¡Lejos de aquí los parricidas a quienes los dioses jamás perdonan!». Solamente el papa Silvestre I pudo traerle el perdón divino, a través del bautismo.

Es posible que el motivo principal de la falsificación de este documento fuera conseguir para la Iglesia cierta independencia económica y dejar de depender del capricho de los príncipes que unas veces la protegían y otras la abandonaban. Pero lo que no parece tan de recibo es que, según el documento, Constantino concediera además al papa el derecho a llevar una diadema idéntica a la que él ostentaba, la corona, la tiara y el manto de los emperadores, así como el cetro y todas las insignias del imperio; y que concediera a los sacerdotes las mismas dignidades que los senadores, y al clero los mismos atributos que al ejército imperial.

Además, Constantino el Grande nunca se hizo bautizar, aunque algunos señalan que lo hizo ya en su lecho de muerte y «por si acaso».

Tiempo después, asentada la libertad renacentista, el obispo Nicolás de Cusa rechazó oficialmente la *Donación de Constantino* como documento falsificado.

Otro de los conspicuos amigos de Alonso fue el cardenal sienés Eneas Silvio Piccolomini, futuro papa Pío II, el cual cuenta en sus memorias que mantuvo una fluida correspondencia con el cardenal y luego papa Borgia a quien prodiga numerosas alabanzas. Eneas Silvio fue un gran humanista que diseñó todo un sistema educativo y escribió numerosos libros, y para honrar su memoria su sobrino, el arzobispo de Siena que luego fue papa con el nombre de Pío III, hizo construir en 1492 la Biblioteca Piccolomini, en la catedral de Siena, que albergaría el cuantioso patrimonio bibliográfico que Pío II había coleccionado. En su

juventud fue secretario del emperador Federico III, quien le coronó como poeta. Cristóbal Colón se sirvió de su *Tratado de Geografía* en su viaje a las Indias.

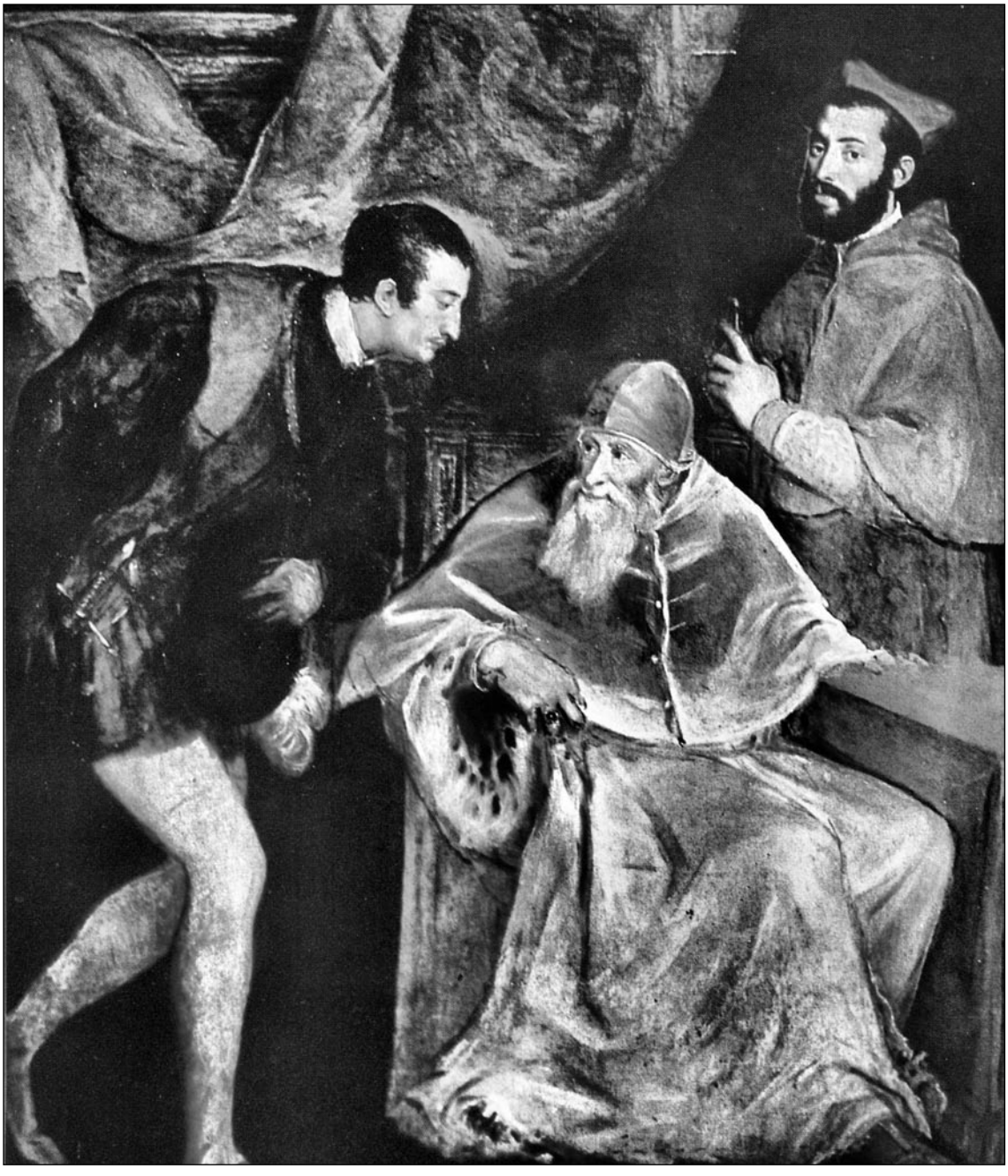
A pesar de tan notables amistades, es muy posible que Alonso de Borja se sintiera solo en Roma en medio de las insidias de los que pertenecían o apoyaban a las facciones litigantes, Orsini y Colonna. También es posible que sintiera la nostalgia de la familia que quedó en Játiva. Por otro lado, cualquier familiar que prospere tiende a llevar consigo a los suyos para que le acompañen en su prosperidad y, en aquellos tiempos, al lado del esplendor de Roma, Játiva no debía ser gran cosa, aunque Valencia era una de las ciudades más ricas del Mediterráneo.

El caso es que Alonso de Borja llamó a su lado a algunos de sus sobrinos. Los hijos de su hermana Isabel, Pedro Luis y Rodrigo, vivían con él ya cuando era obispo de Valencia, puesto que la madre había quedado viuda y se había trasladado a vivir con su hermano. Fueron los primeros en recibir un cargo. Además de Isabel, Alonso tenía otras tres hermanas, Juana, Catalina y Francisca, a las que la gente llamaba «las obispas», siendo él el único varón.

Tanto los autores que han denostado al primer papa Borgia como los que le han valido coinciden en un punto, y es en el amor que sintió por su familia Alonso de Borja y en lo mucho que hizo por favorecerla. Cuando servía al rey de Aragón había colocado a su sobrino Pedro de Milá, hijo de Catalina y de Juan de Milá, como tesorero de Alfonso V el Magnánimo en Nápoles. Cuando partió para Roma, llevó a otro de los hijos de Catalina, Luis Juan de Milá, y a los dos hijos de Isabel, Pedro Luis y Rodrigo de Borja.

Para todos ellos tuvo un cargo relevante en su casa de Roma, una práctica que ha sido, es y seguirá siendo común en las familias bien avenidas. Por otro lado, era habitual que los miembros del alto clero introdujesen a sus familiares y les procurasen cargos beneficiosos. Precisamente, el siglo XV acuñó el término *nepotismo* (del italiano *nepote,* sobrino) para designar a los parientes que el papa presentaba como tales y que recibían cargos de ministros o privados pontificios. Esta palabra se empezó a utilizar en tiempos de Inocencio VIII (1484-1492) como sinónimo de *favoritismo,* por los favores que conllevaba esa designación de pariente papal, muchos de los cuales serían seguramente hijos naturales.

El hecho de que los papas practicasen habitualmente el nepotismo quedó plasmado en algunas de las pinturas de la época. La Biblioteca Vaticana guarda un bello lienzo de Melozzo da Forli, donde aparece el papa Sixto IV con sus



Tres Farnesio, el papa y sus sobrinos cardenales. El nepotismo era una práctica habitual por la que los altos eclesiásticos protegían y favorecían a sus familiares. Cuando recibió el título de cardenal, Alonso de Borja llevó consigo a Roma a sus sobrinos predilectos, a los que concedió cargos y prebendas de gran importancia. Tras ser elegido papa, el ascenso de su familia fue tan vertiginoso que le valió la enemistad de muchas familias romanas.

sobrinos, los cardenales Pedro Riario y Juliano della Rovere. También Tiziano pintó a Pablo III junto a sus sobrinos Alejandro y Octavio Farnesio. Este cuadro, que se encuentra en la Galería Nacional de Capodimonte, muestra una escena repleta de la malicia que fluye entre los tres personajes. Diríase que están intrigando.

Cuando Alonso accedió al solio pontificio en 1455, sus sobrinos también mejoraron de posición, sobre todo los que habían entrado en la vida religiosa, como Luis Juan y Rodrigo, que fueron nombrados cardenales. Más adelante, en 1456, Pedro Luis recibió el cargo de alcaide de Sant'Angelo, una fortaleza inexpugnable llena de laberintos que anteriormente había sido semejante a la llave de la ciudad y todavía servía tanto para fortificarse contra un atacante como para encerrar a un enemigo de por vida. Más adelante, le nombró gobernador de diversas ciudades, con lo que se ganó la enemistad de las familias italianas acostumbradas a repartirse el gobierno de las ciudades que ahora perdían, de un solo golpe, a manos de un «catalán».

Precisamente por ese motivo, Pedro Luis fue quien recibió mayor oposición y a quien más caro le costó el nepotismo de su tío cuando éste hubo desaparecido. Al fin y al cabo, los otros dos sobrinos eran cardenales, cargo que no requería desposeer a otros o privarles de derechos adquiridos.

Tras los sobrinos, empezó a llegar a Roma una nube de familiares y allegados procedentes de Valencia, Aragón, Cataluña, Baleares y Nápoles, que entonces ya pertenecía a la Corona de Aragón [5], muchos de ellos señores sin señorío, ávidos de riquezas y prebendas. Los italianos los designaron despectivamente con el nombre de «catalanes», lo que nos da una pista sobre uno de los motivos del rechazo secular hacia el papa Borgia. No era romano, ni siquiera italiano, sino extranjero. Un extranjero que se permitió no solamente ascender al cargo más alto que podía ostentarse en el mundo occidental, sino que trajo consigo a sus familiares para que prosperasen en tierra italiana. Ya hemos dicho que el papa era soberano de Roma y de los Estados Pontificios y que los romanos no admitían fácilmente que los gobernase un extraño. Era habitual que el pueblo de Roma se levantase contra su señor, el papa, e incluso que asaltaran el palacio de Letrán, la

[5] La Corona de Aragón no era un todo, sino un conjunto de Estados, cada uno de ellos con sus características y su vida política y cultural propias: el reino de Aragón, el reino de Valencia, el principado de Cataluña y las Islas Baleares.

sede pontificia, cuando no estaban conformes con la actuación de un papa, sobre todo si no era «de casa». Los romanos eran incluso proclives a perdonar al papa actos que hoy encontramos inadmisibles, siempre que fuera italiano, pero no perdonaban en absoluto las acciones de un papa foráneo al que consideraban automáticamente espía de alguna potencia extranjera. No olvidemos que Italia llevaba siglos luchando contra invasores extranjeros de los que trataba de librarse sin éxito. Les pareció, por tanto, imperdonable, el que no solamente les gobernara un extraño sino que entregara los cargos y prebendas más codiciados a los suyos en detrimento de las familias italianas.

Para mayor inri, los «catalanes» pusieron de relieve su condición de extranjeros comunicándose entre ellos en valenciano, lengua que llegó a constituir para ellos una especie de clave secreta que les protegía del espionaje de extraños.

El primer papa Borgia

Como sucede con casi todas las historias de personajes controvertidos, los autores no se ponen de acuerdo a la hora de señalar la reacción de Alonso de Borja cuando se enteró de que había sido elegido papa. Unos dicen que la elección de un «catalán» habiendo como había cardenales italianos de familias encumbradas y poderosas, además de otros no con tan grande bagaje pero, al menos, nativos, resultó no solamente una decepción sino una sorpresa tanto para los de fuera como para los de dentro, sin exceptuar al mismo pontífice electo, en cuya boca se han puesto toda suerte de exclamaciones admirativas.

Otros autores, seguramente los que mejor conocen la trayectoria de esta familia singular y los recursos personales de sus miembros, afirman que durante las negociaciones que llevaron a cabo los cardenales electores para señalar al papa que debía suceder al fallecido Nicolás V, el cardenal Borja, haciendo gala de su habilidad diplomática, les convenció de que él era la mejor opción, al menos la más indicada en aquellos momentos. Si así fue, tenía razón más que sobrada.

En primer lugar, los enfrentamientos entre las dos familias más poderosas del momento, los Orsini y los Colonna, eran continuos, progresivamente más duros y cada vez implicaban más a otros señores poderosos que apostaban por uno o por otro. Elegir papa a un Orsini suponía una guerra segura por parte de los Colonna, y de la misma manera elegir a un Colonna suponía fuertes

enfrentamientos con los Orsini. Lo mismo daba elegir a uno que llevase su apellido como a uno que no lo llevase pero que resultase del agrado de la familia.

En segundo lugar, Alonso de Borja había cumplido los setenta y siete años, y dada la esperanza de vida en aquellos tiempos era previsible que no durase mucho, justamente el tiempo necesario para que preponderara una familia vencedora. Tras el interregno se elegiría un nuevo papa de esa familia, al que todos acatarían.

En todo caso, ya se tratase de una proposición del mismo Alonso de Borja o de una conclusión a la que llegaron los otros, el 4 de abril de 1455 el Cónclave lo eligió papa, y él aceptó tomar la tiara con el nombre de Calixto III.

El mismo día de su elección ya se produjeron disturbios y revueltas callejeras con provocaciones y luchas entre los partidarios de los Orsini y los de los Colonna. Tal fue el tumulto que el mismo papa electo decidió posponer su coronación para cuando se templasen los ánimos y las calles de Roma se mostraran más tranquilas.

Como no se tranquilizaban, el nuevo papa asombró a todos con un arranque de furor y autoridad, cosa que nadie esperaba en el tranquilo cardenal casi octogenario y que debió de causar un fuerte impacto. Los enfrentamientos callejeros entre Orsini y Colonna habían dado aquella vez la victoria a los Orsini. Pero la victoria no suponía la supresión del enemigo porque los Colonna supervivientes se habían refugiado en la basílica de San Pedro, donde había de celebrarse la coronación, y los Orsini se arremolinaron en la puerta, instándoles a salir y esperándoles para masacrarlos.

Entonces fue cuando el anciano papa electo se presentó en la casa del cardenal Orsini, y en un tono que no admitía réplica ni dilación le conminó a poner fin a la pelea y a encerrar a aquellos de sus partidarios que más alborotaban. Este hecho puede no parecer sorprendente, pero hay que tener en cuenta que para presentarse en casa del cardenal Orsini el anciano papa tuvo que galopar un buen trecho por aquellas calles y en aquellos momentos.

Después de que se cumpliera su mandato, con las calles más tranquilas, se procedió a la coronación del nuevo pontífice en San Pedro y a la posterior procesión hasta San Juan de Letrán, la basílica-palacio que fue residencia papal hasta que se construyeron los aposentos del Vaticano.

Pero la decisión de parar los pies a los Orsini le costó un disgusto con su antiguo benefactor, el rey Alfonso de Aragón, puesto que estaba unido a esa familia con fuertes alianzas. No sería el único.